
José VIDAL, Mariano RUIZ y Santiago PONS, *¿Nueva evangelización desde las parroquias?*, Valencia: Facultad de Teología San Vicente Ferrer, 2018, 447 pp., 15,5 x 21,5, ISBN 978-84-95269-80-5

La Iglesia –y por lo tanto cada uno de sus fieles– tiene por delante la urgente tarea de emprender una nueva etapa evangelizadora, a la que el papa Francisco nos ha llamado en numerosas ocasiones. Como afirmaba en su exhortación *Evangelii Gaudium*, se trata de pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera (EG 15), en un cambio que ha de estar marcado por la alegría y por la búsqueda de nuevos caminos (EG 1). Seguir a Jesús, nos dice Francisco constantemente, es salir de nosotros mismos para ir al encuentro de los demás, para ir hacia las periferias de la existencia.

Este libro, que recoge las ponencias del curso de formación permanente para sacerdotes en la diócesis de Valencia (2017-18), más algún texto añadido por su interés, quiere ayudarnos en esa tarea al intentar que redescubramos el gozo de evangelizar, algo que da sentido a nuestra vida cristiana. La pregunta que lleva por título el libro, *¿Nueva evangelización desde las parroquias?*, constituye el punto de partida: una pregunta que como afirman los editores no busca herir sino sacarnos a todos del letargo y la resignación. Aunque no se pueda dar respuestas exactas, el libro pretende contribuir al necesario diálogo de los sacerdotes entre sí y con los laicos para que entre todos vislumbremos posibles caminos. Para conseguirlo, la atención se centra tanto en el mundo como en los sacerdotes y en las parroquias, y se divide así en tres partes, más una cuarta con ejemplos prácticos.

La primera parte presenta un interesante análisis de la realidad contemporánea, con la convicción de que sólo comprendiendo el mundo en el que estamos, y haciéndonos una idea certera de sus posibilidades y dificultades para la evangelización, podremos llegar a cambiarlo. Es necesario conocer las concepciones antropológicas de nuestro tiempo para saber a quién hablamos. Juan José Garrido, de quien se incluyen dos textos, nos recuerda que el afán apostólico debe estar sustentado en la reflexión sobre la cultura y las personas, y se nos presentan así algunos rasgos de la sociedad actual que es necesario tener en cuenta a la hora de evangelizar: el profundo individualismo que convierte a cada ser humano en el creador de sí mismo y rechaza cualquier valor trascendente o cualquier compromiso con los demás; la primacía de la razón uni-

versal que convierte la eficacia, el beneficio y el bienestar en los únicos valores; el proceso de secularización que deja a la cuestión religiosa ahogada y sin espacio vital. Frente a eso tenemos la tarea de recordar que «hay un fin más elevado por el que merece la pena luchar, arriesgar e incluso morir» (p. 132). La Iglesia no puede renunciar a transmitir, y es preciso recordar que la doctrina que presenta en toda su verdad y belleza ilumina y humaniza la vida de las personas. La evangelización no puede cambiar la realidad si no está pegada a ella. La fe no nos aleja del ser humano, sino que el mundo querido por Dios es precisamente un mundo más humano, y «ser y vivir como cristiano es la forma más excelente de ser y vivir como ser humano» (p. 134).

La segunda parte del libro se centra en la figura del sacerdote, llamado a ser el primer impulsor de la tarea evangelizadora. Esta parte invita a los sacerdotes a un redescubrimiento de la propia tarea sacerdotal en clave misionera (p. 10). Se les invita a profundizar en su vocación y en su carácter de enviados en y por Cristo al mundo, re-enamorándose de la misión que les encomienda Jesús (p. 182): «id y evangelizad». Como nos recuerda en su texto José Vidal: «podemos vivir y morir con el trabajo que nos da ya cuidar a los de cerca. Pero nos deben doler los de lejos». También hemos sido enviados, afirma Vidal, a los alejados, a los no creyentes, a los ateos combativos, a las generaciones jóvenes que ya no han crecido ni se han socializado en los ámbitos de la Iglesia (p. 182). Esta parte sobre los sacerdotes incluye también reflexiones de corte más psicológico y formativo. Valle y Uriarte ahondan en sus respectivos textos en la situación humana del sacerdote: en las heridas afectivas que pueden ser causa de insatisfacción y abandono de la vocación, en las dificultades para vivir el celibato y en la necesidad de mejorar la fraternidad sacerdotal.

La tercera parte del libro lleva el título de «Parroquias evangelizadoras» y defiende la necesidad de parroquias unidas que superen cualquier fragmentación en grupos o parcelas, parroquias en las que todos sus miembros tengan una visión global. Se recalca la necesidad de constituir una Iglesia que llegue a todos sin excepción y se profundiza en la manera de transmitir el mensaje. Así, las tareas evangelizadoras deberían articularse sobre cuatro núcleos: presencia, testimonio, diálogo y primer anuncio. Es necesario participar en la vida cultural y social y dar testimonio de una vida vivida bajo el espíritu de las bienaventuranzas hasta llegar al primer anuncio, que, aunque puede parecer muy complejo, queda resumido en las sencillas palabras del papa Francisco que cita Carvajal: «Jesús te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte» (EG 164).

No se trata sólo de hablar de Cristo, sino de hacerlo presente para que nuestros contemporáneos puedan «ver» la belleza de su rostro y recibir el reflejo de su luz sobre su vida (p. 267).

De acuerdo con lo anterior, se profundiza en esta tercera parte en el catecumenado, tanto para personas sin bautizar como para aquellas que, estando bautizadas, no han llegado a asumir la fe personalmente. Se recalca también en esta parte que todos los fieles somos corresponsables de la iglesia por el bautismo, y algunos pasan a la colaboración ministerial de acuerdo a los carismas que han recibido. Frente al clericalismo, ha de brotar una verdadera pluriministerialidad. Ya no recae todo sobre la espalda de los sacerdotes, sino que es el momento del trabajo en equipo, aunque los sacerdotes tengan por supuesto el irremplazable papel de presidir la Eucaristía, esto es, de evocar sacramentalmente la alteridad de Cristo. La parroquia se dibuja entonces como una comunidad alrededor del párroco y, como señala Vitali, el Papa llama a las parroquias a ser aún más cercanas con la gente, a constituir espacios de comunión viva y de participación (EG 28). Las parroquias han de ir más allá del hacer para «ser» comunidades y volver a la raíz de la Iglesia como comunidad eucarística (p. 362). La liturgia constituye el punto de partida y la cumbre de la misión, su verdadero motor, el instrumento más eficaz y la pedagogía más completa de la fe (p. 367).

La cuarta parte del libro recoge algunas experiencias para hacernos ver que una parroquia misionera es posible, y para recalcar que las parroquias no son estructuras caducas sino que son insustituibles para la nueva evangelización. Se recogen en concreto las experiencias de la escuela de evangelización san Andrés y de las células parroquiales de evangelización. El libro se cierra con un apéndice de tres reflexiones con pistas para intentar llevar todo lo dicho a la práctica.

Quizá hay dos líneas que vertebran todos los textos recogidos y que me gustaría destacar aquí. La primera es que debemos combatir el desánimo y recuperar la alegría y la esperanza, porque, como se nos recuerda en la página 90, lo que se desmorona es quizá una manera de inculturar el Evangelio, pero no el Evangelio mismo. No es cuestión de números, y nosotros no somos los últimos cristianos, sino los primeros de una nueva cristiandad. Estamos ante un nuevo comienzo. «La pequeña grey, si es fiel a Cristo, siempre encierra en sí una sociedad naciente» (p. 89).

El segundo eje que vertebra estas intervenciones es que evangelizar en nuestros días es cuestión de creatividad. Hace falta ser fieles al Evangelio, pero

también poner nuestra imaginación al servicio de esa tarea haciendo un gran esfuerzo por desarrollar nuevos caminos. Como afirma Garrido, no se trata sólo de transmitir unas ideas o doctrinas, sino de «crear» las condiciones que hagan posible el acto de la fe. Es preciso presentar el mensaje de una manera nueva que haga que la gente vuelva a «sorprenderse», dejando atrás tópicos, frases hechas y moralismos. La fuerza creativa vendrá en primer lugar, por supuesto, de la humildad de vivir y encarnar lo que predicamos, de «un tono vital alto» (p. 85).

Para evangelizar se requiere la ayuda de Dios, pero también capacidades humanas para las que debemos crecer y prepararnos. En este sentido, el libro nos hace el dibujo de cómo debería ser un sacerdote al servicio de la misión. Además de la creatividad ya mencionada, Rocco D'Ambrosio nos recuerda que los evangelizadores han de realizar su misión con dulzura, con «estima, simpatía y bondad» y sin imponerse, como afirmaba Pablo VI en *Ecclesiam Suam*. Nos invita así a una revisión de nuestras actitudes y a lograr conjugar el discernimiento intelectual y el buen corazón. Con palabras de Benedicto XVI: «no existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor» (CV 30, citado en p. 104).

Además, el evangelizador debe actuar siempre desde el respeto, teniendo en cuenta la sociedad multicultural y plural en la que vivimos, pero sin confundir la tolerancia con el relativismo. El evangelizador debe ser hombre de esperanza, que mira hacia el futuro; hombre de comunión y obediencia, entregado al servicio y con un verdadero espíritu de oración. Debe tener una actitud de escuchar –escucha de la palabra de Dios, de los acontecimientos y de las personas–, esto es, en definitiva debe saber dialogar.

En conclusión, este libro ofrece un completo análisis de la evangelización en nuestra sociedad actual, realizado desde distintos ángulos y teniendo en cuenta diversos factores. Aunque presenta una reflexión orientada principalmente a los sacerdotes, puede resultar de interés para cualquier cristiano, ya que es una llamada al discernimiento en comunidad, a que todos aportemos nuestras luces y seamos capaces de hacer propuestas razonables. El libro puede ser de gran ayuda para todos aquellos que quieran comprometerse en la gran tarea que la iglesia como tal, y todos y cada uno de los que la formamos, tenemos por delante. Todos somos necesarios.

Sara BARRENA

RESEÑAS

